DISCURSO

LEIDO

EN LA SOLEMNE INAUGURACION DE LOS ESTUDIOS

DE LA

UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

EL DIA 1.° DE OCTUBRE DE 1868.

POR EL

Doctor Don Martin Villar y García,

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS.

ZÁRAGOZA.

Imprenta y Litografia de Agustin Peiro.—Coso 106,

1868.

Sobre la conveniencia del estudio de los escritores clásicos, griegos y latinos.

Ilmo. Señor:

I

Vengo en nombre de la Facultad de Filosofía y Letras á cumplir un penoso deber de nuestro Reglamento: muchos otros, ilustre pléyada de profesores, han ocupado este sitio con temor, al decir de su modesto testimonio, estando adornados de la excelencia del saber y del arte de la exposicion. Calculad el estado de mi espíritu, al verme obligado á dirigiros la palabra, sin tener la ciencia que la mision exije, y sin el arte de la expresion.

Viénese á la memoria como primer recuerdo, un acontecimiento doloroso, que nos ha privado de ilustres compañeros. La Facultad de Teología ha dejado de tener en nuestra Universidad, maestros que difundieran la luz de sus enseñanzas; y séame permitido sentir, que la Facultad más querida de los fundadores de las Universidades, la que tanta gloria como grandeza alcanzó por dilatados siglos en bien de la Religion y del saber, haya desaparecido de nuestra escuela, llevándose amigos y compañeros muy amados, á quienes envio desde aquí, á nombre de todos, un sentido recuerdo. A la vez saludo á los profesores de la Facultad de Medicina, llamados á enviar el consuelo á muchos pueblos de nuestra provincia que carecen de los recursos de su

ciencia. Dicho esto, os ruego que mireis con vuestra acostumbrada bondad este trabajo, ménos de lo que vuestra ilustracion merece; pero estad seguros que el deseo es tan grande en mi, como altas considero las exigencias de este lugar.

¿Y de qué os he de hablar? hé aquí la primera de las dificultades que hay que vencer: hablar á una corporacion de sábios y á estudiosos alumnos en el momento solemne de iniciar nuestras tareas, conciliando dos extremos, el de cautivar vuestra atencion, y estimular á nuestros discípulos, es harto difícil, cuando tantos, y tan bien, han agotado los temas que parecen más al caso, y de los cuales, si yo quisiera repetir alguno, no hiciera más que caer en débil y molesta imitacion.

Por eso os voy á hablar de un asunto interesante por la materia, y de este modo, aunque le falte la gracia del artista tendrá el interés de su esencia: se une á mi enseñanza de una manera profunda, y tiene indudable importancia, porque responde á apreciaciones, que por exclusivas, no pueden admitirse en el campo tranquilo de la ciencia. Quiero hablaros de la conveniencia del estudio de los escritores clásicos, demostrándoos su importancia, tanto por sus consecuencias literarias, como por el testimonio de los más respetables Padres y escritores de la Iglesia católica.

II

Grecia y Roma son, Ilustrísimo Señor, los pueblos que han de absorver mis miradas; y quisiera traerlos á vuestra imaginacion con sus instituciones, con su ciencia, con su arte, con sus virtudes, y con sus desordenados y monstruosos vicios. De todo esto, intentaré ver si acierto á deducir

una fórmula, que revele el interés de su conocimiento, y la verdadera apreciacion que la historia guarda en el sagrado depósito de sus lecciones.

Cortada por mares que le servian de estímulo para constante movimiento, con un cielo diáfano y trasparente, con risueñas y poéticas vegas, que alternaban en gracioso contraste con empinadas montañas, y con áridas regiones, la Grecia recibió en su seno en apartados dias, á una raza dotada de imaginacion oriental, de amor sin límites á la belleza, á la libertad, y á la ciencia, poseedora de una lengua de incomparable riqueza y flexibilidad, y que realizó las más grandes conquistas que los pueblos de la historia antigua consiguieron, y cuyas consecuencias han sido superiores á todas las demás, porque se refieren al mundo de la inteligencia, que tiene el privilegio de no morir con la sucesion de los siglos.

El arte en todas sus formas, la ciencia en todas sus aspiraciones, tuvieron entre los griegos entusiastas cultivadores; y lo mismo Fidias que Praxitéles, Calicrates que Píndaro, Demóstenes que Platon, realizaron conquistas grandiosas que ni los siglos devoradores han consumido, ni la inteligencia humana ha podido superar. La estàtua griega, lo mismo que su arquitectura, el poema griego lo mismo que su drama, la filosofía lo mismo que su oratoria, han dado el tono á nuestras estátuas, á nuestras construcciones, á nuestras obras dramáticas, á nuestra filosofía, y á nuestra oratoria. En sus obras se forman nuestros artistas: en su poesía se inspiran nuestros poetas; en su ciencia se ilustran nuestros sábios: el fin de nuestros trabajos es distinto porque nos guia una estrella de refulgente luz que ellos no conocieron, porque nos ilumina una moral màs pura, y

porque tenemos una sagrada revelacion que enseñàndonos nuestro origen, nos marca nuestro destino. Sin embargo de que tan distinta es nuestra suerte, abrimos las páginas de su historia y en ellas estudiamos todo lo que puede servir para nuestro fin. En sus obras formamos nuestro gusto, en su lengua encontramos la esencia y la explicacion de la nuestra y nada tienen el arte y la ciencia moderna que no recuerden el arte y la ciencia clásica. Sin esta influencia, en las modernas nacionalidades se hubiera sobrepuesto el elemento germano al elemento latino y nuestro arte hubiera sido totalmente romántico, nuestra ciencia acaso pequeña, nuestras costumbres rudas, nuestra civilizacion escasa.

La Providencia, en sus sábios decretos, permitió la destruccion de la Grecia, preparada por la Macedonia, que tuvo un momento de extraordinaria grandeza, para realizar otra mayor y más duradera de un pueblo esencialmente guerrero y conquistador. Roma dominó al mundo; Roma se apoderó de la ciencia y del arte de los griegos, y siguiendo siempre sus huellas, fué artista sin tener corazon, y fué sábia sin amar la ciencia; así se realizó á la vez la unidad de la raza humana para recibir la santa predicacion del Evangelio, y la conservacion de la ciencia de los griegos. Ni el fuego, ni el hierro, ni la *barbarie* de los siglos medios, ni la supersticion. ni nada pudo hacer desaparecer de sobre la haz de la tierra las conquistas greco-romanas, porque la Providencia habia decretado su conservacion para bien de los hombres, y su decreto se cumplió.

Unidas por su esencia y sistemáticas por su fin, la literatura latina formó un todo con la literatura griega: su lengua nació de la griega sin alcanzar, aun siendo tan

bella, todas sus perfecciones: su poesía fué la traduccion de la griega, ménos ideal, pero más artística: su filosofía fué la filosofía griega, sin que sus variados sistemas tuvieran más que en el estoicismo quien los perfeccionara. El rico patricio adornó sus jardines con estátuas griegas; arquitecto griego labró sus palacios, y el pincel griego los decoró: artista griego le divirtió; vivió en fin, habló, vistió, y hasta, como dice Juvenal, amó á la griega. Esto apuntado, no se estrañará que dé á las dos literaturas un mismo carácter, y que las considere como un todo, que citaré con el nombre significativo y comun de literatura clásica, es decir, literatura realizada con conciencia del arte.

Con esta importante grandeza, expuesta en mi sentir sin paradoja, se muestra en nuestras lenguas y en nuestras literaturas la influencia de las lenguas y literaturas clásicas: vedlo en detalles. Homero dejó en sus poemas el modelo eterno de la epopeya, y de ellos la crítica ha deducido preceptos de eterna vida, conformes à las exigencias del arte. Virgilio, sábio como su época, siguió las huellas de Homero, y las de ambos han seguido en su forma y en su plan los poetas modernos: el arte en aquel, el sentimiento en éste, serán el asombro y la imitacion de todos los siglos.

En los variados tonos de la lira, se imitarán siempre tambien, la grandeza de Píndaro, la descompuesta y graciosa alegría de Anacreonte, el desprecio de las cosas humanas de Horacio, los ayes de Safo, las sentidas quejas que una pasion loca arrancara á Tibulo, y las elegantes formas de Propercio. La moral rechaza con razon muchas veces los extravíos de estos poetas, que cantaron las más groseras pasiones con elegante musa, porque no vieron en el objeto de su inspiracion más que la belleza de la forma: atribuid

à su manera de ser ese defecto, y no pidais dulzura á los corazones à quienes el Cristianismo no habia enseñado á sentir. Los poetas de las literaturas modernas vieron en la mujer un fondo de ternura y de bondad que inspiró sus elegantes plumas, pero al cantarlo, siguieron la manera de los poetas clásicos. Petrarca adornó la frente de su Laura con flores arrancadas de la de Delia, Lesbia ó Corinna; y nuestras lenguas han imitado cuanto han podido las formas de la lírica clásica. Siendo esto así ¿será ni siquiera digna de consideracion la idea del que pretende destruir las inspiraciones que el amor alcanzó en las lenguas clásicas porque pervierten el corazon? No, y mil veces no. Para el artista, para el literato y para el sábio tendrán siempre inmenso interés: forme en los líricos griegos y latinos su gusto, imite su manera, pero reciba en las sagradas inspiraciones de los poetas de la Biblia, más grandes que las de aquellos, las dulces armonías del amor divino y el entusiasmo de la fé. La barrera de la educacion y de la moral cristiana son bastante poderosas para evitar este mal, que yo creo más grave en la novela moderna.

¿Qué diré de la poesía dramática? Eschilo, Sófocles, Eurípides, Menandro, conocido por las imitaciones de Plauto y Terencio, Aristofánes y Séneca son los insignes poetas de la antigüedad: ellos adivinaron la forma más conveniente á esta dificilísima parte del arte, comprendieron su esencia, y la cultivaron con sorprendente originalidad. La tragedia con su imponente grandeza, despertó el terror y la compasion, fuentes del sentimiento trágico; y alimentándose de lo ridículo la comedia, excitó la risa y presentó, segun el instinto original de los griegos, su mision cumplida: en el drama satyrico se vió la expresion clara de los dos sentimientos,

trágico y cómico, adivinando esa union que en las literaturas modernas habia de producir el drama propiamente dicho; el cual, por causas que no son de este momento, ha venido á reemplazar á la tragedia antigua. Si atendemos ahora á las literaturas modernas, hemos de ver que han seguido fielmente los pasos de la clásica, y que sus más ilustres poetas creian faltar á la verdadera esencia del arte cuando se separaban de aquellas preciadas tradiciones; y esto, aun teniendo en cuenta que la naturaleza popular del drama exige conformidad con el gusto y carácter de la nacionalidad que lo cultiva. Los pueblos modernos siguieron el clasicismo como ideal expresion del drama, y en frente de la escuela romántica, ha tenido sostenedores el sistema que nació bajo la inspiracion griega. Allí nacieron las reglas que los preceptistas ensalzan y que genios de primer órden han intentado realizar. Cuando su imitacion ha servido de base al teatro moderno trágico, la tragedia ha conservado su primitiva importancia; pero cuando se han olvidado aquellos precedentes, se han introducido en la escena ridículos planes, recursos romancescos, absurdos dentro del mundo moral y literario, que ni están conformes con el clasicismo, ni imitan á la naturaleza. Ojalà que nuestros poetas dramáticos estudiaran los de la antigüedad; así desaparecerían tantos y tantos errores como la escena moderna conserva en medio de sus indisputables primores y á veces de sus elevados intentos.

Si esto pasa en los tres grandes géneros de la poesía, no ménos sucede en el didáctico, cuya forma y cuya esencia son clásicas puras en las literaturas modernas: las letras latinas alcanzaron en este órden una superior perfeccion, hija del esmero con que buscaron el brillo de la forma. Lucrecio, Virgilio y Horacio, ofrecerán al poeta

dió elevacion al arte y grandeza á la ciencia, que enseñó al hombre sus derechos y sus deberes, tambien nació entre los griegos y recorrió en breve espacio de tiempo todos los sistemas. Al querer explicar los problemas que siempre atormentan al sàbio, pretendiendo conocer el orígen y destino del mundo, la naturaleza de Dios y del hombre, el fin de este sobre la tierra y otras análogas, vaciló y cayó en increibles aberraciones; y no alcanzó la verdad que habia sido revelada por Dios y que yacía entonces oculta á los hombres por impenetrables designios de la Providencia.

Bajo el punto de vista científico el triunfo de los filósofos griegos fué verdaderamente grande: la Lógica de Aristóteles es la Lógica moderna, y como él, nosotros la consideramos fundamento de la ciencia: la Etica y la Psicología, la Metafísica y la Política tambien fueron creadas por los griegos sin que hayan hecho nuestros sábios más que extender el círculo de sus conocimientos ó perfeccionarlos en cuestiones determinadas, quedando fija su base é idéntica su esencia.

Desde Sócrates que enseñó y extendió por toda la Grecia una moral pura, emanada del cielo como dice Ciceron, la filosofía empezó á tomar un elevado carácter científico, y á acomodarse à los intereses de la vida. La influencia de esta doctrina se sintió, no sólo en la filosofía posterior que más ó ménos recordó siempre la socrática, sino que fué especialmente considerada por los Padres y escritores cristianos, que vieron acertadamente en ella la más pura expresion de la moral que el mundo antiguo habia conocido, y que, sin pensar siquiera en elevarla hasta la que tiene un origen divino, es sin embargo digna del mas detenido estudio. A ella se debieron las máximas humanitarias que

dieron al derecho romano su carácter universal, á ella que los poetas y los historiadores, los oradores y los filósofos de la decadencia dieran á sus obras la tendencia moral y social que respiran y que los hace de inmensa estima. Marco Aurelio debió á ella la grandeza de su nombre; Epicteto, Séneca y otros mil, ó extendieron sus máximas, ó las completaron formando la escuela estóica que tanto bien produjo en el mundo antiguo, y que no es otra cosa en su esencia más que la exageracion de los principios morales de Sócrates.

Por impropio de las condiciones de este trabajo, ni me detendré en enumerar todas las escuelas y sus modificaciones en la sucesion de los tiempos clásicos, ni en anotar los defectos ó las excelencias de los sistemas de los pensadores antiguos: basta esta indicacion para conceder importancia á un estudio recomendado siempre por los encargados de dirigir y promover la ilustracion. (1) Pero no siempre se ha pensado ni todos piensan de la misma manera: han sido muy diversas la consideracion y aprecio que las letras y ciencias antiguas han merecido á los escritores modernos, y por ello conviene ver como la Iglesia los ha considerado, sentando antes algunas reflexiones que sean como el fundamento de la conclusion que sostengo acerca de los estudios clásicos, y que tengo por provechosa para la ciencia y la literatura, y como no perjudicial para la religion ni para las costumbres.

---

(1) Entre las proposiciones que la Santa Sede ha comunicado á los Obispos de la Cristiandad para discutirse en el próximo concilio general, figura la de promover el estudio de las letras latinas entre los que se dedican al sacerdocio.

En la última reforma de la segunda enseñanza y de la Facultad de Letras el estudio del griego y del latin tiene una importancia inmensa.

III

Con paciencia sin igual, y con inimitable valor, el Cristianismo luchó de frente contra todas las aberraciones del espíritu humano. Fué la primera y única religion que explicó la unidad de la raza humana, la igualdad de los hombres, salvo la diferencia del talento y de la virtud, ý la única en el mundo que pretendió y consiguió que la doctrina religiosa y moral, las letras y la instruccion, y todos los bienes del alma se mirasen como divinos y espirituales, á disposicion de todas las clases, y sin que pudieran ser, como habian sido, privilegio exclusivo ó hereditario.

A la revelacion se debe que ni la idolatría, ni el politeismo, ni el panteismo, ni el materialismo, ni el fatalismo puedan servir de fundamento ni á la religion, ni á la legislacion de un pueblo. El resplandor de las luces cristianas hizo desaparecer las funestas consecuencias, que en política, en religion y en moral emanaban de estos sistemas; y al conseguir tan inmenso bien por la humanidad, la *revelacion positiva*, dió nueva promulgacion á las creencias religiosas y morales y á las nociones que sirven de base à nuestros conocimientos. Basadas las religiones antiguas en el sistema de castas, ó en la esclavitud, defendido por la filosofía, no tuvieron como tuvo el Cristianismo una enseñanza organizada que llegara á todas las clases de la sociedad; y en ningun pueblo y en ninguna escuela se alcanzó la unidad de doctrinas tan necesaria en religion como en moral. Así desapareció para gloria del Cristianismo aquella absurda separacion entre los hombres, que daba á unos como pa-

trimonio no sólo la riqueza y el poder, sino la ciencia y hasta la virtud; al paso que á los otros les habia tocado la pobreza, la esclavitud, la ignorancia y el vicio. La religion santa que hizo cesar la distincion esencial entre el rico y el pobre, entre el señor y el esclavo, entre el noble y el plebeyo, entre el fuerte y el débil, entre el bárbaro y el hombre civilizado, la que sólo reconoció las distinciones que nacen de las cualidades personales, de la virtud, del talento, de los derechos ó de los deberes, debe mirarse como es, la defensora de las luces, de la moral, de la dignidad humana y de todas nuestras libertades.

Para conseguir tan elevado fin, el Redentor del mundo, el Maestro de los maestros, quiso que en todas partes y á todos los hombres se predicase su doctrina. Los apóstoles favorecidos con extraordinaria sabiduría, se esparcieron por todo el mundo y predicando la buena nueva, disputando con los filósofos y combatiendo el error, hicieron oir á todos las doctrinas emanadas del cielo y que Dios mismo confirmaba con milagros y prodigios sin número.

Hé aquí el por qué, los Padres de la Iglesia, bien fueran hijos de padres cristianos, bien fueran convertidos á la religion cristiana, estudiaban con empeño la sabiduría antigua y estaban muy versados en la filosofía, en las artes, en las ciencias y en las bellas letras, cuyos conocimientos les sirvieron mucho para la predicacion, defensa y propagacion de la Religion cristiana. Y esto lo hacian con deliberacion, con intencion sistemática; pensando, y con razon, que en la sabiduría de los griegos, latinos y orientales, habia muchas cosas verdaderas, buenas y útiles que podian servir á la religion y al bien de las almas. Sirviéndose de ellas para este fin detuvieron la decadencia total y rápida que

á las lenguas griega y latina amenazaba; y por esto miraron como la más pérfida persecucion el edicto de Juliano el Apóstata, que prohibió á los cristianos el estudio de las ciencias profanas.

Los teólogos de la Edad media pensaron del mismo modo que los Padres de la Iglesia: su esfuerzo por salvar los preciosos restos de la civilizacion antigua, para que la religion, las costumbres y la cultura progresaran, es un hecho de inmensa importancia en medio de los desastres de su tiempo. La Iglesia católica perseguia la ignorancia en los concilios como la causa de todos los vicios, y con todas sus fuerzas protegia la fundacion de escuelas, colegios y Universidades.

Ni los Padres de la Iglesia, ni los sábios teólogos de la Edad media pensaron en la pretendida oposicion de la ciencia sagrada y profana, ni creyeron que pudieran ser estrañas la una á la otra; las creian unidas y ayudándose mútuamente, como se unen la fé y la razon, la gracia y la naturaleza, la religion y la civilizacion. Y no vieron sólo un auxiliar poderoso para la teologia en la filosofía, bellas letras y artes de los antiguos, sino que las consideraron como esenciales para constituirla como ciencia y defenderla de la falsa filosofía y de la heregía. ¿Cómo acusar en este sentido á la Edad media, en la cual San Anselmo, Alberto el Grande, Santo Tomás de Aquino, el coloso de los entendimientos, San Buenaventura, Vicente de Beauvais, y otros mil más, depositarios de inmenso saber, demostraron la union entre la fé y la razon, entre la teología y la filosofía, entre la religion y la civilizacion?

Estos errores se han sostenido y se sostienen: con este fin se quiere hacer que se considere como pernicioso el estudio de los escritores profanos, sin atender á que las columnas

de la Iglesia, y la Iglesia misma lo han ensalzado siempre y siempre han tratado de difundirlo. Es un deber nuestro combatir y refutar tales errores.

IV

Precisas consideraba estas reflexiones antes de entrar en el terreno de la historia. Los libros clásicos han sido diversamente apreciados: modernos reformadores, á cuyo frente figura Gaume, célebre por su exagerado celo, pretenden que la ciencia y el arte de los antiguos queden para siempre separados de la juventud cristiana; aspiracion en la cual fàcilmente puede verse la proscripcion de este estudio. Es en bien de la Religion y del alma, y en nombre de los Padres de la Iglesia como se intenta formular la pretension, y para demostrar su error, les citaré ante el tribunal de los mismos Santos Padres, que es en esta cuestion el tribunal de la razon. Permitidme algun espacio, porque la materia como San Gerónimo dice, es rica para disputar, (1) si bien advierto que por acomodarme á las conveniencias del momento, no daré á mis citas toda la extension que pudiera; y permitidme tambien que las haga sin guardar órden ni cronológico ni sistemàtico. Mi objeto es sòlo, citar autoridades, y tales, que aún á los ojos de los más delicados, sean irrecursables.

Dos grandes figuras, verdaderas columnas de la Iglesia, dos génios ilustres, educados en la ciencia de los griegos, y poseedores de todo lo que Atenas y Alejandría habian

(1) Epist. D. Hier. t. sec. Ed. Frobeniana. Basilleæ MDXLIII. Hieronimus Magno, oratori romano. Citaré repetidamente esta epistola.

producido en ciencia y àrte, son los primeros escritores que voy á citar. Ambos alcanzaron la gloriosa corona de la santidad, ambos fueron asombro de su tiempo, y hoy son mirados por todos con el respeto que merecen los que á la grandeza del génio, unen la grandeza de la virtud. San Gregorio Nazianceno, y San Basilio el Grande son los dos escritores á quienes me refiero. No voy á deducir consecuencias de sus palabras; voy á citar sus palabras mismas, dejando para màs tarde el sentar alguna reflexion.

«El primero de los bienes, dice San Gregorio, (1) es la «ciencia, y yo no sòlo entiendo la nuestra, es decir, la «ciencia divina que desprecia las galas y la pompa del «lenguaje, refiriéndose sólo á la salvacion, y à la belleza de «los bienes espirituales, sino que hablo tambien de la ciencia «profana, que muchos cristianos, ciegos sin duda, arrojan «como llena de escollos y peligros, y como que separa «de Dios. ¿Debemos despreciar el cielo, la tierra y el aire «porque han recibido un culto criminal de los hombres, que «en vez de adorar à Dios, adoraban su obra? No despre- «ciemos la ciencia porque desagrada á algunos, y miremos «á sus enemigos, como groseros é ignorantes. No tener más «que las costumbres ó la ciencia sola, es no tener más que «un ojo. Los que tienen ambas cosas á la vez, verdaderos «ambidiestros, son los perfectos y los que desde aqui bajo «gozan ya de la felicidad de la otra vida. (2)

(1) Sancti Gregorii Naz. Op. Ed. Billi. t. 1. p. 323 y 324. La imposibilidad material de insertar el texto griego me impide colocar por nota lo que traduzco, teniendo, para que se pueda juzgar la verdad de la traduccion, que insertar la latina más autorizada que conozco.

(2) Pasages que se citan. S. Greg. opera. Apud Joanem Keerbergium. t. 1. Funebris oratio in laudem Basilii Magni. Digna de citarse entera. Illud autem inter omnes sanæ mentis homines constare arbitror eruditionem inter humana bona principem locum tenere, non de hac nostra solum ac nobiliore loquor, quæ contempto omni sermonis

Como se vé por estas palabras, que no necesitan comentarios porque son bien claras, la educacion mista, es decir, pagana y cristiana, que se daba en las escuelas, tenia ya contradictores, y los más firmes defensores del Cristianismo tuvieron que oponerse á las exigencias de una fé ciega, para hacer frente á la necesidad de defender y propagar su santa religion. Asi pensaba S. Gregorio, insigne poeta cristiano, cuya melancólica ternura hace recordar siempre la sublime máxima de nuestra religion, *bienaventurados los que lloran*, y que como predicador es uno de los Padres de la Iglesia que más brillan por la pureza y solidez de su doctrina.

San Basilio, lo mismo que S. Gregorio, formado en la ciencia pagana, y coloso de su tiempo, hizo màs; quiso dirigir esa educacion para hacer de ella una fiel *servidora* de la celestial sabiduría. Y no quiso sólo dar consejos sobre la manera de leer con utilidad y sin peligros, los libros paganos, sino que respondiendo á la vez á las acusaciones de Juliano, y á los infundados temores de algunos cristianos, expone el pensamiento con el cual la ciencia estará siempre conforme, de que las letras griegas no son una religion,

---

lepore atque ornatu, saluti uni, atque earum rerum, quæ ratione atque animo inteliguntur, pulchritudine arctissime hæret; sed etiam de externa quam plerique christiani, pravo quodam judicio, ut insidiosam et periculosam, ac procul á Deo avertentem, aspernantur. Quemadmodum enin cælum, terram, aerem, quæque eorum complexu coercentur non ideo contemnere debemus, quia nonnulli scelerati acceperunt pro Deo ea, quæ Dei sunt; venerantes etc.... Quamobrem non idcirco eruditio contemnenda est quod ita quibusdam videatur: quin potius stulti et imperiti habendi sunt qui hoc existimant: qui omnes sui similes esse cupiant, ut privata eorum inscitia sub communi deliteat, nec quisquam ipsorum imperitiam prodat et coarguat, etc.... Nam qui vel solos mores, vel solam doctrinam consecuti sunt, ab altera autem deseruntur, et mihi nihil a luscis differre videntur, quibus cum magnum detrimentum sit, tum vero major turpitudo, sive alios cernant, sive ab alliis cernantur At quibus utraque laude excellere, ac velut ambidextris esse contigit, hi nimirum omnibus numeris absoluti sunt, ac cum alterius vitæ beatitudine vitam agunt, etc,... P. 121 y 122.

sino un instrumento que puede hacer al cristianismo los servicios que ha hecho al paganismo. Establece su alianza con el Evangelio, é intenta, si esta frase se me permite, hacer entrar á Homero y Platon en la Iglesia.

Así S. Gregorio y S. Basilio, brillantes génios, formados por los grandes hombres de la Grecia pagana, debian formar en la Grecia cristiana los defensores de la nueva y santa religion. Pero oid las palabras mismas que el anciano sàbio, el santo arzobispo de Cesárea dirigía á los jóvenes, y de ellas deducireis el aprecio que las letras clàsicas merecian al que el teòlogo, el filósofo, el literato y el cristiano veneran á la vez. «Jóvenes, dice, mientras llega la edad en la que nos sea permitido penetrar la profundidad de los estudios sagrados, preparémonos para ello con otros estudios, que no difieren enteramente, y que sòn como sombras ó espejos en los cuales se ejercita la mirada de nuestra alma. Imitamos así á los que se ejercitan en la táctica militar; diestros en los movimientos de las manos y en el paso pyrriquio, reciben en los combates el fruto de esta instruccion de juego. Y tened entendido, que estamos empeñados en la guerra de las guerras, y fuerza será que vayamos á ella pertrechados de todo lo necesario, trabajando con todas nuestras fuerzas y preparándonos con los poetas, los historiadores, los oradores, y en fin, con todos los hombres de los cuales podamos esperar algun provecho en bien de nuestra alma. A la manera que los artífices tintoreros preparan con ciertas drogas los paños que luego han de teñir de púrpura ó de otro cualquier color, así nosotros, cuando queremos que indeleble quede en nuestra alma la gloriosa imágen de lo honesto, debemos iniciarnos en las letras profanas antes de penetrar en los profundos misterios de las sagradas; y de este modo, acos-

tumbrados á mirar el sol en las aguas, podemos despues mirarle de frente. Cuando las ciencias profanas guardan tanta relacion de semejanza con las sagradas, fuerza será convenir en que su estudio ha de sernos provechoso en gran manera; y aunque así no fuera, nos convendrá conocer su diferencia al comparar las unas con las otras, sirviéndonos esta comparacion para asegurarnos con más empeño en el conocimiento de la verdad. Y así como el árbol, cuya virtud es cubrirse de frutos en su estacion propia, debe su gracia á las hojas que se agitan alrededor de sus ramas; asi la verdad que es el fruto del alma, no se rodea sin gracia de la sabiduría extraña, que como el follaje, abriga el fruto y encanta la vista.» (1)

Estas bellísimas frases, salidas de la boca de un santo, bastan para mi objeto, aun cuando pudiera extender más

---

(1) Sancti Bas. Op. t. 2. p. 93. Trad. lat. de Juliano Garnier. Homilía á los jóvenes sobre el modo de sacar fruto de los libros de los gentiles. Es digna de citarse entera, pero su mucha extension lo impide. Hé aqui los pasajes á que se alude en el texto.

Sed dum per ætatem non licet inteligentiæ eorum altitudinem audire et assequi, interim in alliis scriptis non omnino diversis quasi in umbris quibusdam et speculis in antecessum animi intuitu exercemur, eos, qui in militari disciplina exercentur, imitati; qui ubi in manum motu atque saltationibus experientiam adepti fuerint, in certaminibus ex hac ipsa ludicra disciplina fructum percipiunt. Et certe putandum est certamen certaminum omnium maximum nobis propositum esse, pro quo agenda nobis sunt omnia et laborandum pro viribus ut ad id preparemur, atque poetis, et historicis, et rhetoribus, et hominibus omnibus utendem, unde utilitas aliqua ad animam curandam accesura sit. Quemadmodum enin infectores quidquid tingendum est prius curis quibusdan præparant, et ita demum colorem sive purpureum sive quempiam alium inducunt: eodem modo et nos quoque, si indelebilis in nobis honesti gloria omni tempore permansura est, his externis ante initiati, deinde sacras et arcanas doctrinas ediscemus;. et solem velut in aqua videre assueti, sic luci ipsi oculos admovebimus. Quod si mutua quædam convenientia intersit inter doctrinas, earum nobis cognitio valde utilis fuerit: sin minus, certe earum inter se collatarum discrimen internosse ad potiorem firmandam non parum contulerit. Sed cuinam rei comparata doctrina utraque, possis imaginem assequi? Certe quemadmodum arboris propria virtus est, tempestivo fructu scatere, et tamen folia etiam circum ramos exagitata aliquid eis ornamenti conciliant: ita et animæ quoque primarius fructus est veritas ipsa, sed tamen haud ingratus est externæ sapientiœ amictus, tamquam si folia quœdam fructui et umbraculum et aspectum non inamœnum prœbeant,

las citas, y presentar, hasta en casos concretos, la opinion del insigne arzobispo de Cesárea, del que atacó con infatigable celo los desórdenes del siglo IV, de monstruosa depravacion, del que tuvo la gloria de mejorar las costumbres, haciendo que se amara la virtud. Si no fuera ageno á mi objeto, os recordaría las excelencias de su santa predicacion, y deduciendo de ellas la inmarcesible gloria que rodea su nombre, dariais á sus palabras la altísima significacion que tienen en el órden social. Pensad en ella y continúo.

Los escritos de S. Basilio, como los de todos los escritores cristianos de su época, demuestran la doble inspiracion que les guiaba al buscar el triunfo de la verdad y de la virtud. Las santas Escrituras y los libros de los filósofos eran la base de su estudio, conforme con este pensamiento de S. Basilio, que guió tambien á S. Gerónimo, como luego diré, de recoger por todas partes lo que le pudiera ser útil, á la manera que los rios se forman con las aguas de los pequeños arroyos. Siempre con el fin de explicar algun pasaje de la Escritura, se observa en sus homilías la sorprendente originalidad con que los pensamientos y hasta los raciocinios completos de los filósofos se unen á las enérgicas imágenes de la Biblia. Fàcil tarea seria demostrar con citas esta asimilacion; y no se crea que esto es rebajar al escritor cristiano, porque imitar como él imita es crear, quedando siempre mucho más alto que sus modelos. Desde el *nosce te ipsum* de Sócrates, que S. Basilio tradujo con el profundamente cristiano *attende tibi ipsi,* (1) donde se encuentra el admirable paralelo de las dos vidas, una del

---

(1) Homilía de S. Basilio con este título, προσεχε σεαυτῳ. Aparte de las citas bíblicas, esta homilía parece enteramente tomada del Phedon, del Philebo y del tratado de Porphiro (en Estobeo) sobre el γνῶθι σεαυτόν. Ed, cit, p, 9,

cuerpo y pasajera, otra del alma y sin término, hasta pensar en las ideas, las imágenes y las expresiones que en su homilía, nunca bastante elogiada contra los usureros, toma de Plutarco, (1) hay una verdadera muestra de la asimilacion que el santo Doctor supo hacer de la ciencia profana, en todos los grados en que la razon humana puede mostrar su enlace con la sagrada.

Así consiguió el primero de los Padres de la Iglesia, segun el concilio general de Calcedonia, aquel cuyo nombre se escribe encima del de los Gregorios y Crisóstomos, haciendo, una gloriosa innovacion, inspirado en la Biblia, devolver su brillo y su energía á la lengua que en su infancia habia producido á Homero, en su esplendor à Demóstenes y Platon, y en su vejez á Plutarco, alcanzando la gloria de que sus contemporáneos le llamaran grande por su sabiduría; (2) de que Focio le mirara como igual á Demóstenes; de que Erasmo lo juzgara superior á todos los de la antigüedad, y de que en él se haya formado Bossuet, el más grande de los oradores de nuestros tiempos.

San Basilio fué el mejor ejemplo del eclecticismo que en bien de la religion aconsejaba á los jóvenes cristianos, debiendo éste carácter á la doble influencia de las escuelas griegas y de la Iglesia. Aquellas prepararon al orador y al filósofo, librándole de la fastuosa pompa oriental: la edu-

(1) Plutarco, **De vitando ære alieno**: S. Basilio **Contra feneratores**: si el espacio lo consintiera reproduciria textos de ambos escritores, de indudable relacion de pensamiento y hasta de palabras. En el filósofo griego no hay la conmiseracion del Santo Doctor para los desgraciados, y las citas de mitologia y de historia profana se ven en este reemplazadas por citas bíblicas. Así la ciencia profana era la servidora de la sagrada en la pluma de S. Basilio. ¿Cómo explicar esta asimilacion? Como se explica la que Virgilio y Ciceron hicieron de Homero y Platon.

(2) Elogio fúnebre de S. Basilio por S. Gregorio.

cacion de familia, las escuelas de los catecúmenos y la soledad prepararon al obispo y al teólogo. Bajo la direccion de Orígenes, neoplatónico como S. Basilio, estudió las Santas escrituras, y puso á contribucion para este estudio, la sabiduría griega y la sabiduría oriental, siendo el defensor de la educacion que habia producido los mejores obispos, es decir, de esa educacion mista, que miraba á la ciencia profana como la preparacion, el adorno y hasta el sosten de la ciencia divina, ó segun deciamos antes, como la servidora de la teologia.

Cuál fué el resultado de esta educacion? Con relacion á San Basilio, producir un sábio en toda la extension de la palabra, entregado completamente al amor de Dios y de los hombres. Con la dignidad del patricio, con el orgullo que la humildad cristiana permite, con un corazon lleno de ternura, como nos lo revela su amistad con S. Gregorio de Nazianzo, y un profundo amor á su patria; inflexible en la guerra, y bondadoso en la paz, amante de la justicia y defensor de los desgraciados, supo atraer sobre sí el respeto del poder y el amor de los pueblos, que le apellidaron con el nombre de Padre de la Patria. Hombre de accion, unió bajo la fé de Nicea provincias divididas por la heregía, reformó los clérigos, ignorantes y corrompidos, y en medio de la agitacion de su vida, brotó de sus lábios una elocuencia majestuosa y tranquila, emanada del estudio de la Biblia y de los poetas y filósofos griegos, que excitó el más grande entusiasmo cristiano cuando recordaba el *valor lacedemonio* de los màrtires.

La razon, ayudada por el mundo sensible, caminando de concierto con la fé, muestra en San Basilio á Dios en la conciencia humana, y así alcanza el insigne orador de la

Iglesia oriental la gloriosa consideracion de filósofo sábio y de teòlogo inmortal.

Necesario es hablar de otra de las màs grandes figuras de la antigüedad cristiana; de San Clemente de Alejandría, á quien Eusebio llama admirable, y en quien San Cirilo vé uno de los hombres más doctos, y poseedor como ningun otro de la ciencia de los griegos. Su santidad es elogiada tanto como su ciencia por San Gerónimo y otros escritores de la Iglesia, concediéndole todos, virtud, sabiduría y elocuencia.

Tres obras notables, que completan el pensamiento del autor, nos quedan de San Clemente; la *Exhortacion á los gentiles*, el *Pedagogo* y los *Stromas* ó *Misceláneas*, que es un tesoro de asombrosa erudicion. Haciendo resaltar en la primera lo absurdo del paganismo, separa á sus secuaces y confirma en la fé á los cristianos: opone en la segunda la pureza de la moral evangélica á las costumbres corrompidas del culto politeista; y en la tercera, mirada por todos como la más importante, expone su pensamiento sobre la filosofía y la ciencia pagana. Bastaria para un trabajo completo de este género el seguir á San Clemente en sus obras, pero no siendo posible tanto detenimiento, permitidme que os lea algunas reflexiones y algunas páginas tomadas de los *Stromas* ò *Tapices*, título bizarro, imitado por Orígenes, y del cual hay infinitos parecidos en la biblioteca clásica.

Segun el autor, su obra es semejante á un campo en el cual crece toda clase de yerbas, conteniendo en poco espacio, gran cantidad de semillas fecundas (1), ó recordando algunos versos de Sófocles, se parece á la ofrenda, de que el poeta habla, compuesta de un bellon de cordero, de vino

(1) Strom. l, IV, p. 476. Edit. Paris MDCXLI. Est ergo in exiguo quidem spatio multa genitalis copia seminum eorum dogmatum quæ com-

para la libacion, de rico racimo cuidadosamente conservado, de frutos de toda clase, lo mismo vasos llenos de aceite, que panales de miel, que fabricó la industriosa abeja. Pero no es una obra metódica, no es usando la comparacion del autor, un jardin donde todo, àrboles y plantas, guarda un órden simétrico para agradar á la vista; se parece más á una selva espesa, donde la casualidad ha mezclado los cipreses y los plátanos, el laurel y la hiedra, el manzano, el olivo y la higuera, àrboles de fruto y estériles, para que tengan que hacer algo los que quieren coger el fruto maduro. Separando las plantas útiles y siempre vivas, el jardinero hábil podrá hacer fácilmente un jardin bello y un bosque agradable. Por eso desprecia San Clemente el órden y la elegancia de la diccion. (1)

No es posible seguir al autor de los Stromas en todos los pasos de su singular manera de realizar la polémica; en medio de las escuelas filosóficas propagadas, y de las heregías nacientes, estudió las relaciones de la filosofía con el cristianismo, para derrocar las heregías que querian corromperlo. Veamos como.

---

prehenduntur in hoc opere tanquam ager omnibus herbis plenus, ait scriptura...... Similem illi veteri floridæ oblationi de qua scribit Sophocles,

Ovisque vellus, vitiumque illic erat
Libamen, unaque optime recondita.
Eratque fructus et quidem haud modi unius
Et pingue olivum, defluit nec flave apis
Molimen, olim quod sibi ex cera struit.

(1) Strom. l. VII, al fin, p. 766. Sunt autem libri Stromatum utique similes, non illis elaboratis hortis in quibus sunt arbores et plantæ, in certum ordinem ad deletandos oculos digestæ; sed alicui potius spisso et umbroso monti, in quo simul sunt plantatæ cupressi et platani, laurus et hedera, mali et oleæ el ficus, ita ut de industria fertilium simul et non fertilium plantæ arborum sint commistæ: cum propter eos qui sunt pulchra et matura surripiunt et suffurantur, latere id velid scriptura. Ex quibus cum viviradices sumpserit, et alibi inseruerit agricola, pulchrum hortum efficiet et nemus amœnum. Neque ergo ordinem, neque dictionem spectant libri Stromatum, etc.

Obra del demonio ó de ciertos espíritus malignos la filosofía para unos; causa de la desgracia de los hombres segun piensan otros (1), se propone demostrar S. Clemente que es debida á la Providencia y no al vicio ni al genio del mal, y que fué concedida á los griegos como la ley á los judíos (2). Y claro es que S. Clemente habla de la verdadera filosofía, de la que estudia las cosas divinas y humanas, y aconseja el amor eterno de lo bueno y de lo verdadero; de la que alcanza un pleno y sólido conocimiento de Dios y del hombre, abraza el pasado, el presente y el porvenir, y se propone el bien del alma y la pureza del lenguaje y de las costumbres. (3)

Y esta elevada filosofía la alcanzaron los griegos; así Platon no la colocó entre otras ciencias sino en la ciencia de lo bueno y lo verdadero en sí mismo, (4) concediendo sólo el glorioso renombre de filósofos á los que se deleitan en la contemplacion de la verdad. Los griegos alcanzaron muchos dogmas conformes á la verdadera doctrina, (5) y no se detiene poco en explicar la presencia de estas verdades resolviendo así la cuestion, que tanto agitaba entonces á los espíritus, sobre el orígen de la filosofía. Para San Clemente está fuera de toda duda que los griegos la recibieron de

(1) Strom. l. I, p. 278 309 y VI, 647.

(2) Strom. l. IV, p. 695.

(3) Strom. lib. VI, p. 642, Cohortatio ad Gent. p. 70. Et alibi passim. En obsequio de la brevedad no copio siempre los textos, contentándome con citar el libro y página donde se encuentran.

(4) Strom. l. I, p. 316. Veros autem (philosophos,) inquit quosdam dicis? Eos inquam ego qui veritatis delectantur contemplatione. Non enim in Geometria, quæ postulata habet et positiones est Philosophia; neque in Musica, quæ quidem est conjecturalis: neque in Astronomia, quæ naturalibus et fluentibus et verisimilibus est referta rationibus: sed est ipsius boni per scientiam et veritatem, cum aliæ quidem sint boni viæ, sed tanquam ad bonum.

(5) Ibidem p. 714. Quod itaque testimonio comprobetur Græcos vera quædam habere dogmata, hinc quoque licet considerare.

Moisés, el más antiguo de los filósofos, lo que prueba con vastísima erudicion, para establecer una cronología en la cual no podemos seguirle, y con acertadas reflexiones que elevan á Moises á la altura de los más insignes sábios. (1) Despues de este hombre extraordinario, vinieron los profetas, anteriores tambien á los filósofos griegos, y así establece la anterioridad del pueblo hebreo, lo mismo de Moisés que de sus poetas y profetas. Tambien otros pueblos *bàrbaros*, es decir los Egipcios, los Babilonios, los Persas, y los Tracios tuvieron filosofía, y por cierto que S. Clemente se complace en recordar una tradicion, conservada por Platon, que daba á esta ciencia un origen celestial. Las buenas almas, abandonando la suprema region del cielo, han descendido á la tierra, tomando cuerpo y parte en los males comunes á la condicion humana, se han encargado de velar por los hombres, han formado las leyes y enseñado la filosofía, que es el más grande de los bienes que ha venido y puede venir al género humano (2).

Explica con maravillosa erudicion como renació esta ciencia, estudiando todos los pueblos antiguos, recordando sus hombres notables, sus descubrimientos y su ciencia, y formando á la vez que un tesoro de interesantes noticias, una historia digna de aprecio, de los pueblos que ménos señales han dejado de su existencia.

Pero no es ménos grande su erudicion cuando llega á establecer las relaciones de los filósofos griegos con los he-

---

(1) Strom, l. I. p. 347 y 350.

(2) Strom, l. I. p. 303. Bonas animas, ut dicit Plato, super cælesti loco relicto, sustinuisse venire in hunc tartarum, et corpore suscepto malorum omnium quæ ex generatione contrahuntur, fuisse participes existimant, humani generis curam gerentes, quæ et leges tulerunt, et Philosophiam prædicarunt, quo majus bonum ad hominum genus nunquam venit, nec veniet.

breos y bárbaros. Renunciando à seguirle en este camino por falta de espacio, debo sin embargo apuntar que despues de recordar las palabras dirigidas á Solon por un sacerdote egipcio, (1) intenta demostrar que las doctrinas *encanecidas por los siglos*, eran las hebreas, y que lo mismo Pitágoras que Platon han sentido su influencia, confesando el segundo que sus más bellas ideas las debe á los *bárbaros*. Rara vez, añade San Clemente, dijeron de donde tomaban las doctrinas que explicaban, y si se les quiere probar su delito, bastarà leer lo que concierne á la fé, á la sabiduría, á la esperanza, á la caridad, á la penitencia, á la castidad y al temor de Dios (2), formándose así su moral de los libros de Moisés.

Pitágoras y Platon, los dos filósofos griegos que más se acercan á la doctrina de Moisés, son los que, se comprende fácilmente, habian de llamar más la atencion del erudito defensor de cristianismo; y no sólo señala la relacion en conjunto, sino que descendiendo à detalles, y á fuerza de una erudicion, de la que alguna vez abusa, y á la cual debemos noticias literarias interesantes, establece relaciones forzadas ó pueriles, como la de comparar la salida de Egipto con la campaña de Marathon, ó el empeño de encontrar en Platon los dogmas de la Creacion y de la Trinidad.

Su deseo de concordar á Platon con Moisés, le lleva á dar diversa interpretacion á algunos textos del filósofo, ó á atribuirle ideas que no conoció, cristianizándolo demasiado. No se puede sostener que los griegos lo deben todo á los hebreos, es decir, á Moisés y los Profetas, aunque convenga-

(1) Strom. l. I. p. 355. Unde pulchrerrime Sacerdos, apud Platonem, ægiptius, O Solon, Solon, inquit. Vos græci semper estis pueri, nullam penitus in animis per veteram audiotionem autiquam habentes opinionem...... Nec disciplina ulla cana tempore, more quodam barbarico non ficta et plane pura nobis utentibus metaphora.

(2) Strom. l. II. p. 758 y 594.

mos en que las influencias del pueblo judío se sentian por todas partes: esto sería destruir la razon, concedida por Dios para elevarse hasta la verdad y gozar en su contemplacion, y privar à los grandes génios de las magníficas concepciones que coronan sus trabajos, forman su gloria, y son el premio concedido por la Providencia á los que con generoso esfuerzo han alcanzado algo de las verdades divinas. (1) En ellas se debe ver el magnífico testimonio de la bondad divina, que no desheredó de los dones de su amor á la criatura caida, permitiéndole revestir con inmortal brillo las obras de su espíritu. (2)

Estos grandes y magníficos pensamientos forman parte tambien del sistema de San Clemente, y es por cierto bien grato ver como inspira, á través de los siglos, iguales apreciaciones el espíritu cristiano, mostrándose en las grandes obras de la humanidad el dedo de Dios que nunca le abandona. Ved como no se puede condenar ciegamente el esfuerzo de los hombres en la época del paganismo para alcanzar la verdad, y como los más insignes escritores han visto la misericordia divina, donde los amantes de celebridad ven sólo el mal y el vicio, pretendiendo hacer la razon patrimonio esclusivo de un sólo pueblo.

Dios, principio de todo, es la fuente tambien de toda doctrina buena y honesta (3), y bajo el punto de vista del arte, lo bueno es emanacion suya; (4) así las ciencias, las artes y la inteligencia que las cultiva y las perfecciona, emanan de Él, como su principio. El fin de la ciencia es alcanzar la

(1) Dupanloup. Discurso de recepcion.
(2) Ibidem.
(3) Strom. c. VI. p. 643 y 644.
(4) Ibidem p. 694.

verdad, elevándose hasta su fin último, que es el conocimiento de Dios (1). Y al conceder à los griegos la filosofía, la Providencia les dispensó esta gracia, porque constituidos en profetas de su pátria, pudieran alcanzar los beneficios divinos y preparar sus oidos á la santa predicacion. (2)

Pero como no podia ménos de suceder, San Clemente encuentra y explica la gran diferencia que existe entre la verdad griega y la verdad cristiana, que lleva ventaja por la extension, por la importancia y por la exactitud de sus demostraciones, así como por la manera de preparar las almas, y por la eficácia divina de que va acompañada. (3) Pero no por esto se puede proscribir la filosofía despues de la aparicion de Jesucristo; es útil à la fé y aun preparacion necesaria para alcanzarla completa. A los que temen su influencia es á quienes dirige estas atrevidas palabras. Si la fé de estos hombres temerosos, porque no me atrevo á decir el conocimiento, es tan débil que se destruye con razonamientos humanos, que caiga, y que confiesen con su caida que no poseen la verdad, porque la verdad es insuperable y no se destruyen más que las opiniones falsas (4).

Pero no se crea que intentamos con esto atribuir á San Clemente la defensa de todos los sistemas de filosofía griegos. Sabe que una dialéctica sutil y enfadosa, que encubre el error y la falta de ideas en estéril palabrería, se habia apoderado de muchos que pretendian el nombre de fi-

(1) Ibid. l. VI. p. 647.

(2) Ibid. l. VI. p. 636 y 637. Dignas de citarse enteras.

(3) Ibid. l. I. p. 718. El desenvolvimiento de San Clemente sobre la eficácia de la doctrina cristiana es digno de ser conocido, tanto más, cuanto que se suelen citar sus reflexiones sin decir de donde proceden.

(4) Ibidem, l. VI, p. 655,

lósofos; y que la ciencia de los sofistas, á la que como el apóstol llama *enfermedad*, perjudica á las almas que buscan la verdad. (1) De aquí los frutos *adúlteros* de la divina agricultura, dada á los griegos por la Providencia; de aquí sus doctrinas sensuales é impías, que han reducido la filofía á ser el escalon de la ciencia suprema que vive léjos de la tierra, en el mundo solamente perceptible à la inteligencia. (2)

Fácilmente se desprende de estas ideas que ni la doctrina de Platon, ni la de Zenon, ni la de Epicuro, ni la de Aristóteles, reciben de S. Clemente el nombre de filosofía, reservándolo para el conjunto de las mejores máximas profesadas por cada una de estas escuelas sobre la justicia, sobre la piedad y sobre la ciencia, porque la verdad no tiene más que un camino, aunque mil arroyos se derraman en él por todas partes, arrojándose en su lecho como en un rio eterno. (3)

Representado el eclecticismo filosófico por los genios más ilustres del cristianismo, le vemos trasmitirse desde San Justino y S. Clemente, á S. Agustin, y desde Santo Tomás y S. Buenaventura, á Bossuet y Fenelon, y á los filósofos cristianos de nuestros dias. Y es tanto màs notable este modo de proceder, cuanto que S. Clemente lo practicó en frente del eclecticismo racionalista de la escuela de Alejandría, que esparcía por todas partes máximas desconsoladoras que obligan al santo doctor á llamar niños á los filósofos, y que sólo con la doctrina de Cristo se hacen hom-

---

(1) Ibidem, l. I. p. 591.

(2) Ibid. l. VI, p. 648.

(3) Ibidem, l. I. p. 283.

bres. (1) Alumbrado por tan brillante antorcha, penetra en las escuelas de la Grecia, examina sus doctrinas y halla verdades que los eclécticos racionalistas no habian sabido entender, cumpliendo de este modo con el deber de todo cristiano de hacer servir á la ciencia para la defensa de la vervad y de la fé, como la heregía la hace servir para la mentira. (2) Y es indudable que en medio de los errores de los sistemas, hay verdades, que el sentido comun, el genio y el tiempo han consagrado, y que seria culpable orgullo rechazar. De este modo acepta profundas reflexiones de los estóicos á la vez que los ataca, por ejemplo, por haber dado cuerpo á Dios; repite las palabras de Epicuro para aconsejar el estudio de la filosofía al jóven y al viejo, y le echa en cara el haber deificado el placer; y lo mismo Platon que Aristóteles, son unas veces acogidos por el filósofo cristiano y otras combatidos con indestructibles razonamientos. (3)

En este punto, ya que no es posible seguir á San Clemente paso á paso, podriamos decir que siguió el precepto del apóstol de hacerse judío á causa de los judíos, y griego á causa de los griegos, á fin de atraerlos á todos. (4)

Si de aquí pasaramos á exponer el pensamiento de San Clemente sobre las ciencias y las artes, encontrariamos las razones más sólidas para explicar su acuerdo con la fé, porque halla en todas un doble punto de vista, terrenal y divino: aquel las hace servir para la vida, ensanchando la inteligencia humana; éste nos acerca á Dios. Sus consejos

(1) Ibid. l. I. p. 296. Parvuli ergo sunt etiam Philosophi, nisi á Christo viri fiant.

(2) Ibidem. p. 656.

(3) Seria no acabar nunca el seguir á S. Clemente en los puntos que acepta y que rechaza las doctrinas de la filosofía griega.

(4) Epist, ad Corint, IX, 20,

á los maestros de la escuela catequista están llenos de sabiduría, y son tan ámplios y tan elevados, que no se necesita màs que repetirlos para demostrar plenamente la armonía de la fé y la razon, porque obrar de otro modo sería, segun sus mismas palabras, obrar como los animales privados de razon.

Pero no se crea que fué mera teoría este aprecio de la ciencia: dos cartas, una de San Gregorio Thaumaturgo y otra de Orígenes, revelan claramente el empeño de los profesores de la escuela catequista, de poner todas sus ciencias al servicio de la religion, porque como dice San Gregorio Thaumaturgo, así cumplian con el precepto divino que mandó á los Israelistas emplear para la decoracion de su templo los despojos del Egipto. A los ojos de San Clemente, el estudio de las ciencias es un baluarte inexpugnable para el alma, con el cual està segura de todo peligro. (1)

V

Despues de estas citas de la Iglesia griega, es preciso pensar en los Padres y Doctores de la Iglesia latina; y salta á primera vista una reflexion que es forzoso apuntar. Los escritores cristianos latinos fueron ménos dados á la filosofía que los griegos; vieron en ella una aberracion de la razon abandonada á si misma, ó un lujo del cual el cristiano no tenia necesidad, y que no le ayudaba para el conocimiento de lo bueno y de lo verdadero. Cuando consideraron que la filosofía de los paganos proporcionaba armas para la de-

(1) Strom. l. VI. p. 659. Firmun animæ refugium quod ab omnibus præbet securitatem.

fensa del cristianismo, entonces se apropiaron las doctrinas de los griegos y de los romanos. Natural era que entre los dos sistemas de Platon y Aristóteles, que entonces se disputaban el triunfo, fuera acogido el primero, que no descansaba como el del segundo en la fria razon, no yendo más allá de las cosas terrestres. Pero no se crea que siguieron los Padres de la Iglesia con fé ciega un sistema; fueron siempre eclécticos y adoptaron lo que juzgaron bueno y conforme con nuestra religion: de esta union resultó ventaja positiva para la teología, como ya queda indicado, y ventaja cierta para la filosofía tambien, porque las verdades religiosas y morales expuestas por los escritores cristianos como emanadas de la Divinidad, fuente de toda verdad, dejaron de ser parte de los sistemas de filosofía, é independientes de ellos.

Los padres de la Iglesia latina, aunque como decia, fueron poco dados á los estudios filosòficos al principio, los estudiaron con empeño despues, y entre ellos se encuentran San Gerónimo y San Agustin, los más importantes, cuya autoridad en la cuestion que me ocupa, bastará para completar el cuadro de mís citas.

Tan cierto es que era poco comun en los escritores latinos cristianos el conocimiento de los libros de los filósofos, que el mismo San Gerónimo se vió en la necesidad de defenderse de las injustas acusaciones de que era objeto, y que ponian à prueba la paciencia del Santo doctor. A esto se debe que hoy exista una carta, ya citada, sobre la cuestion que me ocupa y de la cual estoy seguro que oireis con gusto algunas palabras. ¿Sería lícito que dirigiéramos á los modernos innovadores las palabras que San Gerónimo dirigia á Rufino, el Zoilo de su tiempo, que no teniendo ciencia para ello, criti-

caba los eminentes trabajos del santo.? Despues de tratar la cuestion, como luego vereis, en el terreno de la ciencia, se encuentra esta frase de indignacion que revela los sufrimientos que la necedad de un crítico le causaba, y que hoy dia puede aplicarse á cada momento á los críticos que brotan de todas partes. (1) «*Te ruego que le persuadas, de que no tenga envidia el que no tiene dientes á los que los tienen y comen con ellos, y el que sea topo que no desprecie á los que tienen los ojos de las cabras.*»

Pero oid como explicaba S. Gerónimo la conveniencia de los estudios profanos y la intencion que le guiaba al hacerlos. «¿Pues qué hay que maravillar de que yo procure hacer de la ciencia secular por su hermosura y gallardía en el lenguaje, y por la gracia de sus miembros, de la esclava y cautiva una israelita? Y si todo lo que hay en ella muerto y mortífero de idolatría, de deleites, de errores y de apetitos malos, ó lo corto, ó lo raigo, y engendro de ella por el Señor de los ejércitos unos esclavillos nacidos en casa y mezclados al cuerpo purísimo?» (2) Puede hablarse con màs franqueza, ni con màs elevado criterio? Pero hay más: pasando despues á justificar su manera de obrar con testimonios respetables de los más insignes escritores cristianos, los encuentra formados en la ciencia de los paganos: recuerda á S. Cipriano que fué motejado porque no se aprovechaba de los filósofos y poetas á quienes su contra-

(1) Epístola citada. Cui quæso, ut suadeas, ne vescentium dentibus edentulus invideat, et oculos caprearum talpa contemnat.
La traduccion es del Lic. Francisco Lopez Cuesta, de la cual me valdré en todas las citas que de esta epístola apunte.

(2) Epíst. cit. Quid ergo mirum, si et ego sapientiam secularem propter eloquii venustatem, et membrorum pulchritudinem de ancilla atque captiva Israelitidem facere cupio? Et si quidquid in ea mortuum est, idolatriæ, voluptatis, erroris, libidinum, vel præcido vel rado: et mixtus purissimi corpori vernaculos ex ea genero Domino Sabaoth.

rio Demetriano como gentil, no podia contradecir; el recuerdo de Orígenes y Metodio, de Eusebio y Apolinario, á cuyo lado se juzga S. Gerónimo imperitísimo, de Flavio Josefo, à quien como milagro concede tanta ciencia, de Cuadrato, de Pantaneo, y del más erudito de todos Clemente de Alejandría, le obliga á decir estas significativas palabras. ¿Qué hay que no sea sacado de las entrañas de la filosofía? Imitando Origénes á Clemente de Alejandría, escribió diez libros de cosas varias (Stromas ó Miscelaneas) comparando entre sí las sentencias de los filósofos y de los cristianos y confirmando todos los dogmas de nuestra religion con lo que dijeron Platon, Aristóteles, Numenio y Cornuto. (1) Y despues de larga enumeracion de escritores de la Iglesia griega, recuerda al erudito autor del Apologético, á Minucio Felix, á Arnobio, á Lactancio, en los que vé toda la ciencia de los gentiles, y en éste un compendio de Ciceron, á Victoriano deseando erudicion, á Cipriano con abundancia de ella, à Hilario imitando á Quintiliano, á Juvenco, escribiendo en verso la historia de nuestro Salvador; y de este modo cree, y con razon, el eminente Santo y Doctor, que su conducta está justificada, y que léjos de causar un mal hace un conocido servicio á la Santa religion que defendia.

Pero si lo dicho no bastara para conocer la opinion de S. Gerónimo en esta cuestion, os recordarè unas palabras que repite frecuentemente y que revelan la conformidad de miras que en este asunto hubo entre los Padres de la Iglesia

---

(1) Quid in illis indoctum, imo quid non é media Philosophia est? Hunc imitatus Origenes, decem scripsit Stromateas, Christianorum et phiolsophorum inter se sententias comparans; et omnia nostræ religionis dogmata de Platone, et Aristotele, Numenio Cornutoque confirmans. Epist. cit.

latina y los de la Iglesia griega, y que despues aceptaron, como no podian ménos, viniendo de tales fuentes y siendo tan verdaderas, los teólogos y filósofos de la Edad media. El objeto de mi estudio, dice S. Gerónimo, es leer muchos libros, á fin de alcanzar gran variedad de flores, no para probarlas todas, sino para elegir las que son buenas. (1) Y llegaba á esta conclusion llevado de un exacto raciocinio. Para establecer la fé, los dogmas y la moral de nuestra santa religion, citamos los autores sagrados, y es evidente que para resolver las cuestiones no tratadas por los autores sagrados, es preciso citar á los filósofos y á los sabios. Así citamos á los matemátioos para las matemáticas, á los físicos para las cosas físicas, á los médicos para la medicina y la fisiología, y á los historiadores paganos para la historia de su patria. Y si en estos autores hay cosas conformes á la fé, ó que sin contradecirla puedan sernos útiles, las aceptamos con alegría y reconocimiento como emanadas de Dios, fuente de todo lo verdadero, y de todo lo bueno.

Rica para disputar es la materia, como dice S. Gerónimo, y aunque pudiera detenerme más al hablar de este Santo, es preciso pensar en otro, uno de los más insignes entre los filósofos cristianos.

Ya habreis comprendido que me refiero á S. Agustin: á quien La Bruyere dice que sólo se le pueden comparar Platon y Ciceron; á quien llama Leibniz, un grande hombre, dotado de profunda penetracion y de inmenso talento; á quien segun el cardenal Maury deben los clérigos estudiar siempre para ocupar dignamente la cátedra cristiana; á quien Fenelon, lo mismo que Villemain, han concedido un espíritu sutil y vigo-

(1) Operis et studii mei est multos legere, ut ex plurimis diversos carpam flores, non tam omnia probaturus, quam quæ sunt bona electurus, Prol. chap. XII. et alibi passim.

roso, capaz de elevarse hasta los más delicados problemas misticos, como hasta las más sublimes concepciones de la metafisica.

El espacio de que se puede disponer y la necesidad de pensar en las conveniencias que este trabajo debe guardar, me obligan á ser muy breve al hablar del autor sin rival de las *Confesiones* y de la *Ciudad de Dios*. Para formular su elogio cumplido en breves frases, creo que se podria decir que hay que doblar la rodilla ante el santo, admirar el génio del escritor, y adorar la verdad que sale de sus lábios, porque la verdad es Dios mismo.

Pues bien; seguro de que nadie en estos elogios me tendrá por exajerado, voy á ver como S. Agustin entiende y explica la relacion de la filosofia con la religion. Dos conclusiones pueden deducirse de su doctrina; primera que la filosofía es inferior al cristianismo; y segunda, que se une íntimamente con él. Demostrada la primera, haciendo resaltar la diferencia que hay entre la verdad y la conjetura ó el error, en un larguísimo razonamiento en que supone á Platon vivo y respondiendo á sus preguntas, explica la segunda con las más elevadas reflexiones, demostrando la union íntima que debe haber entre la razon y la fé, y como una y otra se unen en inseparable consorcio para bien de la religion.

Pero entrando más determinadamente en la cuestion que me ocupa, S. Agustin declara formalmente que los cristianos pueden encontrar grandes ventajas en las escuelas profanas y que los libros de los paganos encierran verdades científicas, morales y religiosas, de las cuales deben apoderarse para hacerlas servir al triunfo del Evangelio. «Así, Cipriano, elocuente doctor y bienaventurado mártir,

salió de Egipto cubierto de ricas vestiduras, y así Lactancio, Victorino, Optacio é Hilario. Y para no hablar de los vivos, ¿cuánto no se han servido de los libros profanos los ilustres griegos que han abrazado la religion cristiana? Pues qué ¿no hizo lo mismo Moisés, el servidor fiel del Señor, al instruirse en toda la sabiduría de los Egipcios?» (1)

Y esto no fué sólo pensamiento, fué en San Agustin obra. Sus dos discípulos Licencio y Trigecio, cuyos estudios dirigía su Cassiciaco, alternaban entre la lectura de Virgilio y las discusiones filosóficas. Creia el insigne doctor, y con razon, que se debian explicar los escritores y poetas paganos, pero haciendo resaltar siempre la superioridad del cristianismo, y demostrando lo ridículo y lo inmoral de las fábulas paganas. Este acertado empeño de los cristianos, aconsejado por San Agustin á los maestros, produjo el descrédito del paganismo, y como consecuencia el célebre edicto de Juliano prohibiendo á los cristianos el estudio de los autores profanos. Cosa rara por cierto, que entonces, y despues, y hoy mismo, haya partidarios del apóstata, que desean encerrar en estrechos límites las ciencias cristianas, contra la opinion de los Padres de la Iglesia, y de la Iglesia misma. Se ha temido el contagio de la metafísica y de la fábula, como si el verdadero ideal del alma fiel consistiera en ser ignorante y desdeñar la sabiduría humana.

San Agustin, á quien Erasmo y Bossuet han considerado como poco conocedor del griego, y con cuya idea no puedo conformarme, ha estado en esta cuestion á la altura de los grandes Padres de la Iglesia griega, sin exagerar ni despreciar la conveniencia de este estudio, del que dió pruebas

(1) De doctr. christ. lib. II, cap. XXXI. XL.

inmensas en su modelo de obras didácticas, la *Ciudad de Dios.*

Toda ciencia pertenece á Dios por derecho de creacion, como pertenece à Jesucristo por derecho de conquista, segun la espresion feliz de un sábio historiador, idea con la cual está conforme San Agustin cuando dice; sabed, que si vuestra ciencia os enseña algo que yo (el apostol) no os haya enseñado, es Dios mismo quien os lo revela; pero estas obras deben apreciarse no por su autoridad, sino por su utilidad para el progreso de la razon; y las leemos, no obligados á creer en ellas, sino con la libertad de juzgarlas. De aquí el que los católicos distingan dos clases de escritos, los canònicos, que son la ley y regla de nuestras creencias, y otros cuyo uso permite la Iglesia para dejar à los cristianos ocasion de entregarse á los saludables y útiles ejercicios de la elocuencia, de la dialéctica, del estilo y de investigaciones difíciles de la ciencia y de la filosofía. Por ùltimo Bossuet, á quien no se pueden negar todos los dones de la elocuencia, encuentra en el obispo de Hippona la idea más acertada que puede darse à los predicadores para llenar dignamente su difícil mision, y en verdad, que nadie dejará de comprender que se debe su teoría á los estudios profanos.

Fijemos la atencion, aunque sea por breves momentos, en algun teólogo de la Edad media.

Es un principio exacto que las bellas letras, las artes liberales y las ciencias profanas, pueden contribuir bajo muchos conceptos al bien de la religion, y que es un deber para los cristianos el hacerlas servir para este fin. El *Speculum majus* de Vicente de Beauvais, está compuesto bajo este modo de pensar, pretendiendo llegar á una fé racional y á un conocimiento claro de Dios, fundando la teología en la

union de las ciencias y artes profanas y sagradas, cuyo antagonismo, imaginado en nuestros dias, no comprendia el sábio enciclopedista del siglo XII.

Para elevarse al conocimiento de Dios, por ejemplo, cree con San Pablo (1) que así como la obra recuerda al autor, así la descripcion de los fenómenos de la naturaleza, sus propiedades, sus efectos, ó su contemplacion religiosa, poética ó filosófica, son otros tantos himnos á la gloria de Dios. De aquí deduce pruebas de su existencia, de su divina Providencia; así como tambien de su poder, de su sabiduría, de su bondad, y del órden y gobierno del mundo. La naturaleza es el libro y el monumento de Dios; y las ciencias naturales que son su explicacion, le revelan en su existencia, en sus perfecciones y en sus beneficios. Y así lo dijo tambien San Basilio cuando asienta que las inteligencias que de las cosas visibles se elevan á lo invisible, conciben de una manera cierta todos los monumentos del Supremo bienhechor, lo mismo en la tierra, que en el agua; lo mismo en el aire, que en los cielos y que en todas partes donde se le puede concebir. ¡Cuán admirable es la belleza del mundo inferior en que vivimos! Cuán agradable es á la razon el contemplar el número y órden de las cosas colocadas en el mundo de una manera regular, los cambios que se obran en el tiempo por el nacimiento y muerte de los séres, y por la sucesion de los diversos fenómenos de la naturaleza! Y no sólo para los que teniendo un corazon puro gozan en el privilegio de ver y contemplar á Dios, sino que hasta el pecador, sumido en las ilusiones de los sentidos, á pesar de su degradacion, se eleva alguna vez hasta la luz de la

(1) Ep. ad. Rom. cap. I.

contemplacion, cuando observa la obra de la creacion, su belleza, su duracion y su magnificencia; y de aquí la fé y el espíritu se elevan á la grandeza infinita, á la belleza incomparable, à la eternidad sin fin del Creador. En vista de esto, Vicente de Beauvais cree un pretexto el considerar orgullosa la pretension de una ciencia universal, que es el fin de la actividad y perfectibilidad humanas, y rechaza la idea de que habiendo de recurrir para fundarla à las ciencias y autores profanos, sea inútil para el cristiano iluminado con las luces de la fé.

Pasando de las reflexiones á los hechos, encuentra, sin citar los doctores de los primeros siglos de la Iglesia, universales en su ciencia, á S. Isidoro de Sevilla, á Hugo y Ricardo de París y algunos otros, viniendo á la conclusion de que la ciencia divina es la reina y soberana de todas las ciencias, porque cualquiera, cuando ha recibido en las Santas Escrituras una regla completa y segura de lo que debe mirar como verdadero, puede emplear sin absurdo para la confirmacion de los verdaderos dogmas, los conocimientos que haya aprendido en su infancia con una instruccion liberal. Así acepta, como decia S. Gerónimo, con alegría y reconocimiento todo lo que era bueno ó útil, acomodándose al santo mandato de *omnia probate: quod bonum est tenete.*

Resultado de la imperfeccion humana, los sàbios han enseñado cosas muy diferentes entre sí, y hasta contradictorias, sin estar acordes consigo mismos y sin estarlo con los dogmas católicos. En escoger lo mejor y lo perfecto, en combatir el error y acomodar lo cierto á nuestras santas creencias, se debe ejercitar el juicio del cristiano: así hace el oficio del buen médico que cambia el veneno en remedio, sin olvidar nunca las palabras del gran Doctor antes citado:

mi ocupacion es leer muchos libros para recoger las flores que en ellos pueda encontrar.

Frecuente inculpacion en las plumas de algunos escritores de poco aprecio ha sido el decir, que la *ignorancia* de la Edad media daba igual autoridad á los filósofos que á los autores inspira los, ó en términos más claros, que se citaba lo mismo y como autoridad igual la Biblia que Aristóteles. Contra esta necedad, responden por nosotros algunos escritores que siguiendo á S. Agustin piensan que entre San Pablo y Aristóteles hay tal distancia, que es preciso creer lo que enseña el primero sin atreverse á contradecirlo, y al segundo sólo se le puede citar como autoridad, y seguirle cuando con razones irrecusables podamos probar la verdad de lo que enseña, y que no es ni contrario á la fé ni á la razon.

Tal es el pensamiento de los escritores más notables de la Iglesia y seguramente que nadie echará con razon de menos ni grandeza, ni falta de miras filosóficas, ni de juicio, ni de crítica. Y al reducir á un orden gradual la importancia de los textos, despues de colocar como se debe en primer término las Santas Escrituras, los decretos de la Iglesia y los escritos de los Santos Padres, colocaban á los sábios, filósofos, historiadores, poetas y oradores, útiles en las cosas de su competencia, por las verdades del orden natural que han explicado, por los bellos pensamientos que encierran, y por la dulzura de los sentimientos que han cantado.

El más amante de los libros profanos, á no tener los ojos cerrados à luz, y no estar sumido en el sensualismo más lamentable, no puede pretender màs que lo que los mismos padres y escritores de la Iglesia han dicho respecto de los libros clásicos, hoy tan injusta y temerariamente combati-

dos por algunos, que en verdad son pocos y cada dia se reducen más.

Que no nos ciegue vano alarde de Religion: abramos los ojos á verdad de la ciencia como los abrimos á la de la religion: así, tomando á esta por guía, llegaremos á la verdad que el hombre puede alcanzar, no olvidando las palabras del erudito S. Clemente de Alejandría, que juzgaba bajeza de alma temer la filosofía pagana porque nos puede seducir, siendo parecido este temor al que tiene el niño al fantasma. El que tenga tan débil fé que con ella se desvanezca, ni ha conseguido la verdadera fé, ni poseido nunca la verdad; esta es insuperable y el error desaparece fácilmente. (1)

Tarea fácil fuera aumentar las citas, pero si ya voy pecando de prolijo, llegaría siguiendo este camino á produciros el fastidio: á los nombres citados podrian unirse los de otros insignes santos y escritores tambien. Desde S. Justino el Mártir, primer Padre que estudió las letras griegas, hasta S. Anselmo, podria recogerse sobre la cuestion propuesta la opinion de cada uno, y es bien seguro que siempre estaria de acuerdo con la de los más importantes que de propósito hemos sentado. Y vamos para concluir sobre este punto á citar breves reflexiones.

Los escritores de la Iglesia latina, que fueron ménos dados á los estudios profanos que los de la griega, dejan ver en el campo de la poesía una lucha abierta con los escritores profanos, pretendiendo desde los primeros dias de la literatura cristiana demostrar la grandeza poética del cristianismo, obra que se atribuye frecuentemente á Chateaubriant, y que se ve bellísimamente apetecida en el siglo IV. «O

(1) Strom. lib. VI. p. 655.

si mihi liceret istius modi ingenium non per Aonios montes et Heliconis vertices, ut poetæ canunt, sed per Sion et Itabirium et Sina excelsa ducere: si contingeret docere quæ didici et quasi per manus mysteria tradere scripturarum, nasceretur nobis aliquid quod docta Græcia non haberet.» (1)

Y la verdad es que los poetas cristianos se ensayaron en todos los géneros que el arte clásico habia cultivado. La poesía didáctica discutió en la pluma de S. Próspero: Juvenco, Sedulio, S. Prudencio y S. Avito cultivaron la épica: S. Paulino cantaba el aniversario de S. Félix cuando Claudiano cantaba los consulados de Honorio y Stilicon. El mismo S. Paulino recordaba la suavidad y dulzura de Virgilio á la vez que las gracias de Horacio en *la Epístola*, y más de un cristiano dejó recuerdos de la poesía bucólica, al escribir las tiernas súplicas que los fieles habian de dirigir al cielo en las rogativas.

Ni el mismo Juvenal ha pintado mejor que S. Prudencio la corrupcion de los romanos de la decadencia, y los vicios de la sociedad de su tiempo. Los escritores cristianos conservaron los nombres y la forma, pero purificaron los asuntos; á los licenciosos cantos fesceninos, á las voluptuosas estrofas de los epitalamios de Catulo, sucedieron los purísimos cantos de S. Paulino (2) y los no ménos puros para las veladas, de S. Prudencio, que hasta conservaron el nombre de *Pervigilium* con que los habian designado los poetas clásicos. (3) Se podria decir que son monumentos

(1) De institutione monachi.
(2) S. Paulino. nat. Fel. VI.

Absit ab his thalamis vani lascivia vulgi
Juno, Cupido, Venus, nomina luxuriæ, etc.

(3) Cath. 1. 7.

Castique recti ac sobrii
Vigilate.
Flentes, precantes. etc.

paganos sobre los cuales la Iglesia ha colocado la cruz de la redencion para hacerlos dignos de la conservacion de los hombres.

Así la Iglesia adoptó tambien la elegía, los cantos melancólicos destinados á los funerales, los cantos de mesa *symposia*, y en una palabra, todas las formas que habia tenido la literatura clásica. Pero no se crea que atribuyo á la imitacion clásica todos los frutos de la poesía cristiana. El Occidente supo librarse de ella maravillosamente; tanto que al escuchar el *Pange lingua*, nadie pensará ni en Virgilio ni en Horacio, como nadie piensa en Dido al leer el *Salve Regina*. La Iglesia griega desgraciadamente deja en sus escasos poetas cristianos la señal siempre patente de la imitacion, hasta el punto de que al leer algunos himnos del Eucologio, se piensa involuntariamente en Píndaro y en Sòfocles; tal es la imitacion de las imágenes y formas antiguas que conservaron.

VI

Preciso es decir algo de otra época notable de la historia, porque sus consecuencias han sido de importancia suma, aun limitándolas á la consideracion literaria solamente. Ha sido y es comun en los hombres el considerar su época como la peor de todas las de la humanidad; y la del Renacimiento, que es á la que me refiero, fué saludada por muchos escritores de aquel tiempo como la edad de oro de los poetas. Las artes y las ciencias, la filosofía y la elocuencia renacían, y unidas al medio de estender y eternizar sus tesoros. La Providencia permitió entonces una de las más grandes in-

venciones del ingenio humano, llamada á traer inmensos bienes á la humanidad, y que ha servido de base tambien para lamentables extravíos.

No se puede negar; el Renacimiento contribuyó con otras muchas causas à la Reforma; no porque sembrara el paganismo entre los hombres, sino porque sembró la incredulidad, que es uno de los màs funestos males que hoy mismo tiene que lamentar la humanidad. Las creencias paganas son tan absurdas, que basta que la inteligencia esté alimentada con escasas luces cristianas, para que las rechace con desprecio.

Jamás, ni en las épocas de Pericles y de Augusto, han tenido consideracion tan alta las letras: recibieron un verdadero culto. La ciencia era el título de mayor distincion social; y no sólo el literato, sino que ni el caballero, ni aún la dama ilustre podian dispensarse de ciertos conocimientos, relacionados con el griego y el latin, y que eran indispensables en el sentir de aquella sociedad. El Pápa Nicolás V, tan altamente cantado por los poetas, contribuyó poderosamente á este resultado, favoreciendo las letras griegas y latinas como el primer cuidado de su vida. Aunque hubo algunos, como Nicolás VI y Paulo II, que presintiendo sin duda el mal que habian de producir, se opusieron á su estudio, es lo cierto que el clasicismo se apoderó de todas las inteligencias, y ya no fué posible cortar sus vuelos. La exageracion llegó no sòlo á admirar á los escritores de la antigüedad, sino que se quiso considerar à algunos dignos de los honores divinos. (1)

No renació el paganismo; renació la floreciente literatura

---

(1) Erasmo cree divina el alma de Ciceron y juzga que debia estar su nombre en el calendario, asi como el de Horacio.

griega y latina, que se habia cultivado á su sombra, y la forma de exponer se hizo de tal modo pagana, que fué un verdadero daño para la religion. En el lenguaje del cardenal Bembo, *Dioses inmortales* era el nombre de la Divinidad, *Diosa* el de la Santísima Vírgen, y *Soplo del Céfiro Celeste*, el del Espíritu Santo. Esta ridícula aplicacion de la erudicion clásica era no sólo absurda, sino un mal positivo para el Cristianismo, porque como decia antes, sembraba la incredulidad, gravísima enfermedad del corazon.

Erasmo, acaso el más fecundo, y el más pernicioso de los escritores del Renacimiento, quien, como le echaban en cara habia esparcido las semillas que Lutero recogió, en medio de su idolatría hácia los clásicos, y sobre todo hácia Ciceron, se opuso á la locura de la forma del Renacimiento, cuando conoció los gravísimos y funestos males que sus propias doctrinas habian traido al mundo, y no porque viera alumbrados los altares de Júpiter, sino porque veia perderse la fé sólida y verdadera de los cristianos.

Los estudios griegos y latinos tan locamente esparcidos y ensalzados, tuvieron tambien frecuentes impugnadores: de los conventos, donde se habia conservado el saber, salió la oposicion que contra ellos se hizo; pero en vez de discusion séria y tranquila, se lanzaron insultos y ofensas á porfía que contribuyeron á que el remedio ideado fuera inútil, porque la voz del insulto no se oye nunca.

Quién puede dudar que los que vieron ó presintieron el mal de la exageracion y de la idolatría hácia los escritores paganos tenian razon en la época del Renacimiento? Puede haber un espíritu recto y juicioso que pretenda defender tales delirios? No es bastante la elegancia de la frase y el brillo de la forma para que por ella se sacrifique todo. Cierto es

que las más grandes verdades, las doctrinas más puras, necesitan para encontrar eco en el corazon del hombre, la forma de la belleza; así excitan la inteligencia y las buenas pasiones del corazon, como dice S. Agustin, y mueven la voluntad hácia el sendero del bien; pero la forma sola, por bella y perfecta que sea, no es nada.

Los nuevos *griegos* tuvieron sus *troyanos*, acomodándonos al lenguaje del Renacimiento, y hubo tambien un Aquiles que venció al nuevo Héctor y sus partidarios. La injuria y la violencia hallaron en Moro y en la espada del ridículo, invencible cuando se maneja bien, un defensor que arrastró la voluntad de todos, y las Universidades, que se habian opuesto á los estudios clásicos, admitieron como obligatorio el del griego, quedando por decirlo así, con segura vida las literaturas de las llamadas lenguas muertas, y que no morirán nunca.

VII

Tambien hoy se ven reproducirse las ideas que algunos en el siglo XV manifestaron contra las letras clásicas: tanto desean relegar su estudio, que podría decirse que quieren su proscripcion, fundándose en que es la literatura de los paganos, y en que puede ser causa de funestos males en la imitacion literaria y en las costumbres. Por fortuna no es malo todo lo que el arte pagano conservó, ni tampoco se puede fundadamente temer que los delirios clásicos perturben nuestras creencias: lo que importa es dirigir bien esos estudios, no proscribirlos. Mas valdría que los que se empeñan en

esto, pensaran en explicar lo malo que contienen, y fijaran los verdaderos puntos de la crítica.

En los pueblos de la raza latina, herederos más que los restantes de Europa de los tesoros del arte; donde se hablan lenguas inmediatamente derivadas de aquellas en que se conserva la ciencia clásica; donde por las causas antes indicadas, se respira en el arte y en la ciencia la cultura greco-latina; donde por todas partes se ven recuerdos clásicos, es locura pensar en destruir ó despreciar lo que de tal manera se ha infiltrado en nuestra cultura y que forma la esencia de nuestra educacion.

Contenida por otro lado la imitacion clàsica en las conveniencias sociales, que tanto distinguen nuestra cultura de la antigua griega y latina, como que es hija de la moral cristiana y de los santos preceptos del Evangelio, no son de temer tampoco extravíos peligrosos en la religion y en la moral, y ménos aún en la política y en el arte. Y aunque pudiera producir consecuencias funestas, se cortaria el mal con proscribir oficialmente su estudio? No vále más dirigirlo bien? Acaso serían menores las inflencias para el mal, si este estudio quedara reducido á la aplicacion privada? Seguramente que no, porque entonces pocos serian los que salvaran sus escollos.

Las literaturas son el espejo donde se reflejan los sentimientos y las ideas de los pueblos con más verdad: la incredulidad de las modernas no proviene del clasicismo, n se evitará con desterrarlo: diríjase bien la educacion y la enseñanza; ábranse los clásicos cuando pueda comprenderlos la inteligencia, y así sólo se conservarán las ideas acertadas en filosofía y las excelencias del arte. Si porque la novela moderna, el teatro, y algunos otros gé-

neros literarios son en ciertas plumas peligrosos, hubiéramos de querer borrar las letras y los precedentes históricos para que no se escribieran, podriamos decir, recordando una festiva frase de Quevedo, que arrojar la cara importa, que el espejo no hay por qué: y espejo donde se reflejan las sociedades han sido, son y serán las literaturas. Para matar la incredulidad que tantos males produce; extírpese de raíz, y entonces los nuevos árboles de la ciencia darán delicado fruto y purísimo aroma: plántese la semilla en terreno cristianamente preparado, y aunque tenga que sufrir los embates de las auras paganas, con ellos recibirá vigor y lozanía, y se afianzará màs, recibiendo sus frutos la belleza y la gracia de la forma, que tan grata es al gusto del hombre.

Los que, pensando en defender el catolicismo, desean que no se estudien los libros clásicos, ni piensan en lo imposible de lo que desean, ni en los límites de su empeño. Entre los más célebres sostenedores de esta teoría, figura uno cuyas cartas dirigidas por cierto á una madre, y que yo no aconsejaré á ninguna que las lea, revelan un estudio profundo de los extravíos del hombre en la época del paganismo; y sólo á fuerza de tener empeño en ser como el se llama el *defensor del diablo*, se pueden reunir tantas y tantas noticias esparcidas en los malos y á veces apócrifos libros clàsicos, que por bien de los jóvenes, debiera haber dejado ocultas entre los misterios en que están apuntadas. Y ya que tanto malo ha encontrado en los hombres, por qué no elogiá Gaume lo bueno de sus obras? Los hechos que apunta y que le escandalizan, los ha oido en las clases, ó los ha rebuscado con extraordinaria paciencia, digna de mejor causa, entre los inmensos volúmenes de la biblioteca clásica? Pues qué,

¿duda acaso de qué en su misma exposicion está siguiendo las formas clásicas, que tan funestas considera? Quizá, ¡miseria de nuestra condicion!, quede satisfecho su amor propio al oir elogios á la belleza de su estilo y al clasicismo de su forma.

Esta es, señor, la verdad, pero gusta mucho seguir un sendero opuesto al que todos siguen, y alcanzar celebridad de la manera que se pueda. El sentido comun ha juzgado esta cuestion lo mismo que la ha juzgado la ciencia; como la han juzgado los Santos Padres, á cuya autoridad se oponen so color de virtud, y lo mismo que la juzgan los gobiernos. Es imposible proscribir el clasicismo: no hay poder que destruya en una hora los libros griegos y latinos, ni nada que haga desaparecer sus influencias, sentidas por tantos siglos, y alguna vez sin provecho para el alma. Por eso pues, no importa declamar, sino buscar el medio de templar el mal, y de hacer que sus consecuencias sean menores. Sería preciso, pensando con igual criterio, proscribir la historia porque apunta los extravíos del hombre; la filosofia, porque conserva en su desenvolvimiento las aberraciones del espíritu, y así podria decirse de todas las ciencias y de muchas cosas de las que el hombre tiene que servirse necesariamente. Los venenos pueden servir para el crímen, y la ciencia los hace servir para el remedio: con las armas se defiende la honra y la independencia de la pátria, y se mata injustamente al hombre, y el hombre mismo se quita la vida; y sin embargo, no por eso se piensa en proscribir los venenos ni las armas.

Lamento, señor, como el que màs, el exajerado afan del Renacimiento, y encuentro justas las observaciones de los que procuraron cristianizar la instruccion: tanto latin era

un mal de consecuencias tan funestas, como el mal contrario que hoy lamentamos todos. ¿A qué fin hablar tanto contra los escritores griegos y latinos en una época en qne son tan contadas las personas capaces de traducirlos y entenderlos? En hora buena que cuando en los colegios se imponia un grave castigo al alumno que no hablara latin en algun acto privado, y cuando se empleaban muchos años en aprender *á hacer versos latinos*, y otras parecidas tareas, se levantaran contra tamaño abuso, contra tan inútil exceso: pero entre nosotros y cuando ha sido precisa una reforma en la enseñanza para que el latin y el griego se estudien, y que se ha llevado á cabo con gran acierto, todavía se ha de hablar de la influencia de los clásicos? Yo, señores, no veo esa inflnencia en la juventud que dirigimos; encargado de la enseñanza de la literatura griega y latina, dificilmente puedo encargar un estudio á mis discípulos sobre el original griego ó latino, porque carecen de la preparacion necesaria para hacerlo, y deseo ardientemente que los frutos de esa reforma, de que antes hablaba, se sientan en los estudios, para bien de las letras en los literatos, de la jurisprudencia en los jurisconsultos, y de la teología en los teólogos.

Las ideas cristianas, base de la educacion de nuestra juventud y de la verdadera filosofía, harán que desaparezca el mal que se lamenta y estenderán una erudicion que todos, absolutamente todos debemos apetecer. No se puede romper la cadena de conocimientos que guarda la humanidad en su historia, ni es de temer por otra parte que lo que está desechado hasta por el sentido comun, vuelva à llevar á los hombres á un fanatismo exajerado como el del Renacimiento. Los excesos que el estudio de los escritores

profanos produjo, provenian del abandono de la educacion en los primeros años de la vida; no era cristiana, y se sintieron las funestas influencias de este mal. Si á los recuerdos clásicos se quieren atribuir muchos actos de la revolucion francesa, destrúyase la historia que conserva los hechos que entonces se quisieron imitar ó parodiar, que de todo hubo, más bien que los escritores y poetas.

Cierto es que estos respiran muchas veces libertad, sensualismo, y hasta licencia, pero achaque es este de la humanidad, que se vé, y llevado por cierto hasta la exajeracion, en literaturas que como la provenzal no sintieron en nada las influencias del clasicismo.

Los trovadores provenzales han dejado obras que pueden competir con las de Ovidio; y hasta nuestros mismos poetas van más allá de las conveniencias de la honestidad. Responda el insigne Quevedo en sus composiciones festivas, el inspirado Tirso de Molina y otros que conoceis mejor que yo. ¿Habrá algun español que se atreva á pedir que se arrojen á las llamas sus obras porque pueden ser funestas para las costumbres? Si lo hay, no envidio su gloria. Lo que importa es, no permitir á los jóvenes leer los clásicos hasta que tengan formado el juicio y estén seguros en las ideas cristianas: así obró el pueblo judío no permitiendo la lectura del Cantar de los Cantares, hasta que la reflexion pudiera oponerse á su letra, que segun los teólogos mata.

Pero hay más: el estudio de los escritores profanos tiene tan poca importancia en nuestras escuelas, que exceptuados los de la Facultad de Letras, sòlo oyen los alumnos una rapidísima historia de la literatura latina. Vosotros lo sabeis, con ese estudio, el más aprovechado está sólo en el caso de leer con fruto los escritores clásicos, cuando haya termina-

do sus estudios escolares. Ved, pues, las razones que tengo para considerar del todo exagerados los males que se atribuyen à las literaturas clásicas.

Siéndome imposible ya entrar en el exámen de las influencias de la filosofía griega en la filosofía moderna, asunto sobre el cual habeis oido oportunas reflexíones, mejor que yo las haria, en este sitio; y dejando para otro trabajo el de las influencias políticas porque el espacio no permite entrar en él, voy á concluir con una reflexion que tengo por exacta.

En el estudio de las letras clásicas, ni se debe apetecer la aficion, exagerada hasta la idolatría, de los escritores del Renacimiento, ni puede avenirse un espíritu recto con las intencionadas pretensiones de los partidarios de Gaume. La crítica elevada busca la explicacion de sus apreciaciones en la historia, y no prescinde nunca de las condiciones del escritor cuando juzga: sigue y aplaude lo bueno; siente y goza con lo bello; se lamenta de lo inmoral y lo malo: así halla en las letras clásicas doctrina pura, y lamentables errores. En esa justa separacion está la difícil mision del encargado de propagarlas; mision que consiste en mostrar lo bueno para la ciencia, para el arte y para la moral, y enseñar à distinguirlo de lo malo, para hacerlo odioso y evitar los extravíos de su imitacion. Despreciarlo todo porque hay algo malo, es una locura, como lo sería querer ensalzarlo todo. Así, nuestro pensamiento se conforma con las aspiraciones de los mismos Padres de la Iglesia.

Sin embargo de mi justificable aficion al clasicismo, no lo considero como buen alimento para el niño que entra en la vida de la ciencia. En los primeros años de la educacion literaria es un manjar pernicioso. Cuando la inteligen-

cia se forma, las ideas que á ella llegan duran siempre, porque es el niño como dócil y blanda cera que guarda indeleble señal de la màs ligera impresion. Enseñarle pronto los absurdos de la mitología es matar el buen sentido: como el hacerle vivir en un mundo fantástico donde dioses y semidioses, y diablos y fantasmas sin cuento se agitan en ridícula union, como por desgracia viene sucediendo, es subversivo contra el sentido comun. Si oye el niño la creacion de Deucalion y Pirhra; que Minerva salió vestida de punta en blanco de la cabeza de Júpiter; que Vénus nació en una hermosa mañana de la espuma del mar; que Saturno devoró sus hijos, y otras parecidas fábulas de la mitología, ¿no sufrirá un extravío su débil inteligencia? La nodriza con los primeros cuentos, nacidos de la más vulgar fantasía, los libros novelescos con que empezamos á descifrar la reunion de las letras, la novela que aunque sea absurda se pone en nuestras manos, y el teatro con su mágia, y sus fascinadores extravíos, atentan contra nuestras primeras ideas, hasta el punto que es preciso confesar que el niño està peor que dormido, porque al llegar á ser hombre, tiene que rectificar las falsas ideas que sin culpa suya se han apoderado de él; porque para entrar en el paraiso de la inteligencia, se le ha abierto la puerta de la locura y no la puerta de la verdad.

No concluiré sin dirigirme á vosotros, mis queridos jóvenes, que acudís ansiosos de ciencia á esta noble ceremonia. Mi voz debe llegar á vuestros corazones como la del amigo cariñoso que os ama de veras. Los caminos de la ciencia son

harto escabrosos y presentan obstáculos y dificultades que sólo la constancia allana; y por más que no veais un puerto de feliz arribada, estad seguros que habeis de encontrarlo, porque el brillo de la ciencia, aunque alguna vez quede envuelto entre las tinieblas del favor ó las airadas nubes del desprecio, logra reaparecer y lucir con más esplendente luz despues. Estudiad: la edad de jóven es corta: ese período de la vida pasa dejando sólo un recuerdo harto triste de las ilusiones que lo turbaron. Vuestros padres hacen sacrificios sin cuento por ilustraros y haceros dignos de ellos: pensad en vuestras tiernas madres que sólo ansían, pidiéndolo al cielo con dulces oraciones, veros llevar un título que os dé distincion, y os ayude á soportar las necesidades de la vida. No seais sordos á tan delicadas súplicas; pensad tambien en vuestros profesores que os aman como á sus hijos, y de los cuales sois la única conquista y su más gloriosa recompensa, porque nada satisface tanto nuestros corazones como el ver vuestros adelantos, único galardon preciado de nuestras modestas aspiraciones.

HE DICHO.

DISCURSO INAUGURAL.